

Pan y Toros



UN VAQUERO.—(Dibujo de Navarrete).



Luis Mazzantini
29 Mayo 1884
Apoderado: D. Federico
Minguez,
Lagasca, 55, Madrid



Rafael Guerra (Guerrita)
27 Septiembre 1887
Capuchinos, 10, Córdoba



Julio Aparici (Fabrilo)
30 Mayo 1889
Apoderado: D. Manuel
García, Piscal y Genis, 3,
Valencia.



Antonio Moreno (Largar-
tijill), 12 Mayo 1890
Apoderado: D. Enrique
Ibarra Ciarán, Esperan-
za, 3, Madrid.



Francisco Bonal (Bonari-
llo), 27 Agosto 1891
Apoderado: D. Rodolfo
Martín,
Victoria, 7, Madrid.



uez (Pepete)
3 Septiembre 1891
Apoderado: D. Francisco
Fernández,
Cruz, 25, 2.º, Madrid.



Antonio Reverte Jiménez
16 Septiembre 1891
Iniesta, 33, Sevilla.



Antonio Fuentes
17 de Septiembre de 1893
Apoderado: D. Andrés
Vargas
Montera, 19, 3.º, Madrid.



Emilio Torres (Bombita)
21 Junio 1894
Apoderado: D. Pedro
Niembro,
Gorguera, 14, Madrid.



Miguel Báez (Litri)
28 Octubre 1894
Apoderado: D. Vicente
Ros,
Buenavista, 44, Madrid.



José García (Algabeño)
22 Septiembre 1895
Apoderado: D. Francisco
Mata,
San Eloy, 5, Sevilla.



Nicanor Villa (Villita)
29 Septiembre 1895
Apoderado: D. Eduardo
Yáñez,
Espoz y Mina, 5, Madrid.



Joaquín Hernández
(Parrao), 1.º Nov. 1896
Apoderado: D. Fernando
Medina Moreno,
Capuchinas, 5, Sevilla.



Cayetano Leal (Pepe-Hillo)
15 Agosto 1887
Apoderado: D. Angel
López, Puerta del Sol,
estanco, Madrid.



Domingo del Campo (Do-
minguín), 17 Dic. 1893
Apoderado: D. Rodolfo
Martín,
Victoria, 7, Madrid.



Bartolomé Jiménez
(Murcia), 18 Marzo 1894
Apoderado: D. Eduardo
Montesinos,
calle de Churruga, 11.



Angel García Padilla
22 Agosto 1895
Apoderado: D. Pedro
Ibáñez Mayenco,
Olivar, 52, 2.º, Madrid.



Antonio Guerrero (Gue-
rrito), 10 Nov. 1895
Apoderado: D. Leopoldo
Vázquez,
Minas, 5, 3.º, Madrid.



D. Mariano Ledesma
Rejoneador español
D. Andrés Borego, 11,
Madrid.

NOTA. Los diestros que deseen figurar en esta Sección se servirán remitir una fotografía y las señas de sus apoderados á estas Oficinas, las cuales se encargarán de hacer el correspondiente cliché para insertarle durante el período que indique el interesado, previo pago adelantado.

COLABORADORES

Literarios: D. José Sánchez de Neira.—D. Luis Carmena y Millán.—D. Eduardo de Palacio.—D. Angel Rodríguez Chaves.—D. José Estrañá.—D. Roberto del Palacio.—D. José de Laserna.—D. Juan Pérez Zúñiga.—D. Federico Minguez.—D. Mariano del Todo y Herrero.—Don Manuel Serrano García-Vao.—D. Enrique Contreras y Camargo.—D. Félix Méndez.—D. Manuel Soriano.—D. Luis Gabaldón.—D. José Vázquez.—D. Alfredo Feijóo.—D. Antonio Lozano.—D. José Gil y Campos.—D. José Dolz de la Rosa.—D. Manuel Reinante Hidalgo.—D. Francisco López Brisne.—D. Carlos Olmedo.—D. Nicolás de Leyva.—D. Manuel del Río y García.—D. Dionisio Lasheras.—D. Emilio Boli.—D. Luis Sánchez Aláez.—D. José Balbiani.—D. Carlos Crouxelles.—D. Jorge Vinaixa.

Artísticos: D. Miguel Hernández Nájera.—D. Ignacio Ugarte.—D. Luis Bertodano.—D. Julián Tordesillas.—D. Rafael Latorre.—D. José Abarzuza.—D. Emilio Porset.—D. Manuel Redondo.—D. Eulogio Varela.—D. Carlos Arregui.—D. José Solís.—D. Fernando Adelantado.

Fotográficos: D. José Irigoyen.—D. Julio Prieto.—D. Mariano Rodero.

PANYTOROS



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: Un trimestre, 2 pesetas.
 Provincias: Trimestre, 2,50; semestre, 5;
 año, 10.
 Extranjero: Trimestre 4; semestre 7; año 12.

Número suelto, 10 céntimos.
 Número atrasado, 25 céntimos.
 Anuncios á precios convencionales.
 Los pagos se hacen adelantados.

DIRECTOR LITERARIO

D. Leopoldo López de Saá

ADMINISTRADOR

D. CARLOS GIRÓN
 Chinchilla, núm. 7, bajo

DIRECTOR ARTÍSTICO

D. Francisco Navarrete Sierra

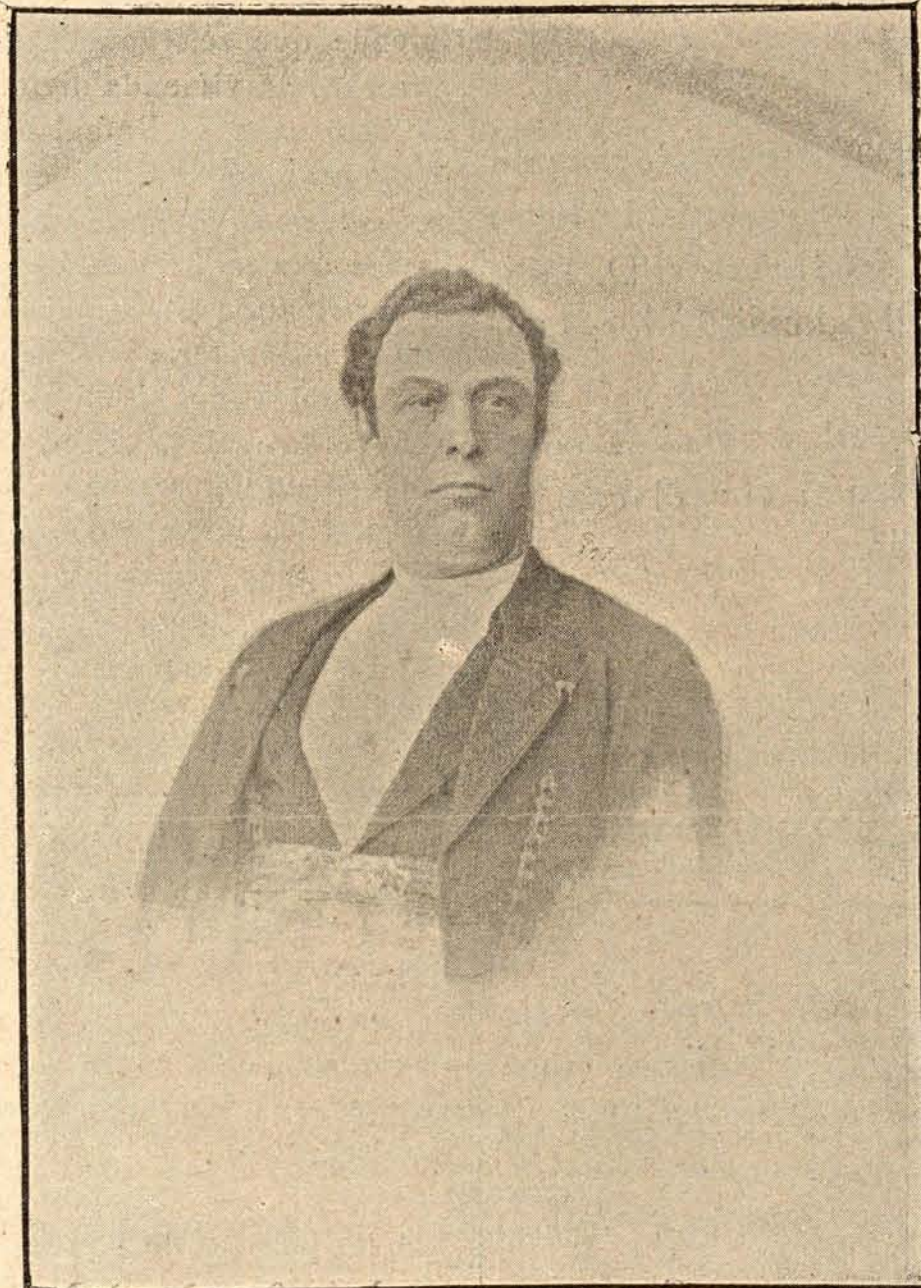
Francisco Arjona Reyes

(CURRITO)

No hace muchos años solía concurrir al café Suizo, ó á los lugares más de moda en Madrid, un hombre alto y en-
 trado en carnes, visti-
 tiendo el traje corto
 de un modo elegan-
 tisimo, llevando siempre som-
 brero redondo color de café, alto
 de copa, y ostentando en su fiso-
 nomía abierta y simpática, y en
 sus ojos, medio entornados con
 singular gracejo, un sello de
 altivez que jamás se olvidaba.

Aquel hombre era nieto de
 una hermana del célebre Curro
 Guillén é hijo de otro torero
 no menos célebre ni menos que-
 rido del público madrileño: de
 Francisco Arjona Herrera (*Cú-
 chares*). Era el *Currito*, que des-
 preció carreras literarias y hon-
 ores tal vez en otro orden so-
 cial muy distinto por dedicarse
 de lleno á la afición que le arras-
 traba, á la única idea firme que
 había mantenido su espíritu: la
 de ser torero, y torero notable.

Entre los aficionados forma-
 les había cierta confusión sobre
 si *Currito* era de Madrid ó de
 Sevilla, basada sin duda en la
 seguridad de que el padre ó el
 hijo habían nacido en Madrid.
Cúchares fué el que vió la luz
 primera en la corte el mismo
 día en que nació la célebre actriz
 Matilde Díez, gloria de la escena
 española, siendo los dos bauti-
 zados en la misma pila de la pa-
 rroquia de San Sebastián. Por
 esa coincidencia, estuvieran
 cerca ó lejos el gran torero y la
 gran actriz, cambiaban invari-
 ablemente sus tarjetas el día de
 sus cumpleaños, hasta que la
 muerte arrebató al torero del
 gran escenario del mundo.



En cuanto á Francisco Arjona Reyes (*Currito*) diremos que nació en Sevilla el 25 de Agosto de 1845, y que desde su edad más tierna mostró decidida vocación de seguir las huellas de su padre. Bien ajeno éste á las inclinaciones del muchacho, buscaba el medio de hacerle seguir una carrera literaria, cuando su esposa le sorprendió con la noticia de que el joven no se daba punto de reposo para torear, y tenía repartidas sus horas entre el Matadero, la Tablada y los pueblos de las cercanías en que se celebraban capeas.

Cúchares tuvo el buen talento de no torcer la vocación de *Currito*, y en vez de hacerle sentir el peso de su autoridad, obligándole á que buscarse con más empeño las ocasiones de burlarla, le llamó á sí invi-
 tándole á torear delante de él.

Currito se dió tan buena maña, extremó tanto el alarde de sus condiciones para la lidia y sus dotes de observación; apeló de una manera tan eficaz al testimonio de los que le habían visto torear en tientas y novilladas, que *Cúchares*, convencido de que en aquel muchacho había made-
 ra riquísima para conseguir un torero excelente, decidió ayu-
 darle, pero teniéndole ante su vista, para lo cual se lo llevó como banderillero suyo, haciéndole recorrer y dominar grado por grado los peligros que encierra el toreo; y por fin le dió la alternativa en Madrid el 19 de Mayo de 1867, el mismo día en que *Cúchares* cumplió cuarenta y nueve años.

Sánchez de Neira dice refiriéndose á esta corrida:

«Mató un toro de la ganadería del marqués de Hontiveros. Era el bicho receloso á consecuencia de una cornada recibida en el costillar izquierdo, y se defendía en la muerte, que le fué dada de un volapié aprovechando.

Desde aquel momento *Currito* se captó las simpatías del público de Madrid, que constantemente se las ha demostrado.»

Parece mentira que estando el *Currito* con su padre á los comienzos de su profesión, no se le asimilara la manera de ser movida y alegre, el toreo inquieto de aquél que poseía como nadie la intuición del toreo y la divinación de lo que cada toro había de dar de sí, aquel que llevaba á las reses envueltas en-

tre los pliegues de su capote, hallando siempre una ocasión en que sacar aplausos, aturdiendo al público con sus monadas y jugueteos.

Para explicarse el por qué no fué así, basta con recordar aquello de que el estilo es el hombre. El toreo de *Cúchares* era exclusivamente suyo, y el único bien que su hijo no podía heredar. Muy al contrario, *Currito* se distinguió siempre por el estilo opuesto; es decir, por ser un adepto impenitente del toreo serio y formal, sobrio y clásico.

Efecto de estas tendencias el público le encontraba frío, apático, muy torero, pero muy poco aficionado. Había días en que, con la res que parecía menos manejable, sacudía de pronto su inercia, mostrándose superior á todo encomio; sus paseos eran limpios y como los necesitaba el toro; se perfilaba de un modo soberbio y entraba corto y salía por el costillar. *Curro había querido*, y cuando el público le premiaba con sus vitores y sus aplausos, el hombre volvía á su frialdad, como si al desaparecer la acción del inmotivado galvanismo quedara solamente un cadáver.

Fué raro en todo y poco amigo de la ostentación; el público de Madrid le vió un día torear, y creyó verle aún mucho tiempo; pero de pronto llegó la noticia de que *Currito* se retiraba del toreo, y así fué: se retiró sin marchas ni trofeos á vivir con los recuerdos de su gloria que fué legítima.

Su historia puede condensarse en estas palabras:

Fué un torero excelente que perdió muy pronto la fe.



EN una calle estrecha del barrio más céntrico de Córdoba, tiene su casa el famoso Rafael Molina.

Ya en el portal, viendo al través de los calados de la cancela de hierro el patio amplísimo, estucado de blanco, se recuerdan con fruición las noches de estío cuando alhajado con buenos muebles, lleno de macetas de flores, cuando debajo del amplio toldo que preserva de los rayos del sol durante el día, ó acariciados por la luz de la araña que del centro pende para iluminar el recinto por la noche, se forman las agradables tertulias, y al arrullo de la fuentecilla que en el centro lanza del surtidor sus cristalinos arabescos de agua, entre las flores que rodean la taza, dánse al viento los cantos andaluces por una voz argentina y dulce, cuyas cadencias acompaña un guitarrero lánguido; al ver este patio, decimos, se comprende que sea aquella la vivienda del célebre extorero, una vivienda digna de su fama.

En la casa de Rafael Molina, que tiene muchas y muy grandes habitaciones, contra la imposición del modernismo que en Córdoba, como en todas partes, tiende á la reducción, á la elegancia microscópica, no hay refinamientos de lujo inútil. Los productos de la moderna tapicería no han entrado en aquel recinto, y los muebles y los objetos que adornan las habitaciones son confortables, sí, pero sin ese raro confort que consiste en dar un baño de purpurina á las patas de los sillones, y forrar con sedas pintadas sus asientos y sus repaldos, para desasosiego del que se sienta en ellas, y más desasosiego del que las posee.

En casa del maestro, los muebles tienen esa elegante solidez de lo antiguo, que en las butacas y en las sillas parece invitar á disfrutar de la blandura de sus muelles y de la suavidad del forro adamascado, al mismo tiempo que la armadura torneada tranquiliza el ánimo respecto á la solidez y seguridad del asiento.

Por lo demás, prescindiendo de esas monerías de última hora que hacen de las casas elegantes museos de bisutería, Lagartijo vive con el lujo cómodo de su época, y su casa conserva ese tinte simpático de antigüedad que tan bien corresponde con las personas que la habitan.

A las puertas de aquella casa, donde como cuadra á su nombre vive *Lagartijo*, no llama un necesitado que no obtenga el auxilio que solicita.

ADVERTENCIAS

En contestación á varias consultas que nos hacen algunos de nuestros corresponsales, debemos advertirles que una Revista que acaba de dar á luz su primer número, nada de común tiene con PAN Y TOROS.

Hacemos esta aclaración para que no se dejen sorprender por ninguna publicación que trate de amenguar el crédito de esta Revista.

* *

Toda la correspondencia de esta Revista se dirigirá al nuevo domicilio, calle de Chinchilla, núm. 7, bajo, á nombre del Director, D. Leopoldo López de Saá, ó del Administrador, Don Carlos Girón.

Igualmente rogamos á todos aquellos colegas que nos vienen honrando con el cambio lo dirijan á dicho domicilio.

* *

Nuestros corresponsales deberán dirigir su correspondencia y giros á las señas arriba mencionadas, en evitación de que pudieran sufrir retraso sus pedidos.

* *

Esta Administración tiene á disposición de las personas que las deseen colecciones completas de esta Revista, que serán servidas en el acto.



Rafael es espléndido; brusco en su esplendidez, inagotable como el que practica la caridad por sentimiento y no por vanidad.

Como él es de allí, y sus padres lo eran, su familia es numerosísima, y en ella hay muchos individuos cuyo parentesco no alcanzaría un galgo probablemente, pero que se valen de la consanguinidad cuando de recurrir á sus prodigalidades se trata. Entre éstos se cuentan casi todos los trabajadores del campo, que lógicamente son los que más frecuentemente auxilio necesitan, especialmente los piconeros, que allá en la sierra se ocupan en las faenas para conseguir ese menudo carbón que á nosotros tan comfortable nos parece.

Entre estos piconeros hay dos que son ya célebres en Córdoba, no sólo por su decantado parentesco con Rafael, sino principalmente por las travesuras que de parte del matador han sido objeto, y que han dado ocasión á que ambos demuestren esa gracia espontánea que se traduce en un dicho oportuno y chistoso, propiedad casi exclusiva de los andaluces, pero no tan generalizada entre ellos como se cree, y que no suele hallarse en ninguna otra población de España.

Para probar esta afirmación, vamos á referir en cuantas anécdotas que si atestiguan el buen humor de Rafael, demuestran de modo palpable el espontáneo gracejo que como chisporroteo de luz destaca de aquella rusticidad ingénita.

Organizó un día el maestro una corrida de novillos, y encomendó la lidia á los piconeros. Era uno de los espadas encargados de matar los bichos, un medio pariente de Rafael, conocido por el mote de *Pilindo*, y famoso en Córdoba por sus ocurrencias.

Llegó la hora de matar el becerro, que ya había propinado buena serie de revolcones á cuantos echaban un capote, y el buen *Pilindo*, con mucho más canguelo que dignidad torera, dirigióse cautelosamente hacia el animal.

Lagartijo le ayudaba en la faena, preparándole el toro para los pases; pero el matador da muletazos y más muletazos á respetable distancia, sin conseguir traerse el bicho.



¡Como que lo que él quería era tenerlo lo más lejos posible!

Por fin, instigado por Rafael, que le ponía de miedo y de mala sombra como chupa de dómone, lanzóse á matar.

El estoque, tímidamente empujado, dió en hueso. Volvió á tomarlo el matador, y volvió Rafael á arreglarle el toro.

—Anda ahora, hombre... ahí lo tienes, gritóle el Califa.

Y nuevamente se tiró *Pilindo* á matar, y nuevamente pinchó en hueso.

Claro, como que cerraba los ojos al herir...

Ocho ó diez veces llevaba *Pilindo* pinchando al toro, siempre en hueso, y ya sudaba la gota gorda, cuando el maestro comenzó á insultarle.

—¡Cobardón!... Si cierras los ojos y te tiras sin ver, cómo has de acertarle... Anda... ahí lo tienes otra vez... Ahora, ¡tirate con coraje!

Pilindo se tiró... pero nada, el estoque tropezó en hueso.

—¿Tampoco?—le dijo Lagartijo.

—Pero Rafaé de mi arma,—contestó el piconero limpiándose el sudor con la muleta...—¡si este bicho es de jierro colao!

**

Otra vez, en otra corrida por él organizada, prometió picar un novillo, yendo montado sobre las espaldas del piconero.

El hombre no quería; pero á fuerza de razones y seguridades, y sobre todo de promesas de recompensa, accedió.

Lagartijo tomó una garrocha, montó sobre las espaldas de *Pilindo*, y citó al bicho.

Así que el piconero vió que el animal volvía la cara hacia ellos, quiso correr en sentido contrario, pero el maestro, dándole con los tacones en las piernas, sujetábale y le obligaba á avanzar hacia el toro.



—¡Por Dio Rafaé... no ves que va á derrotá!...—decía el acongojado *Pilindo*.

—No pases tú cuidao, que no te toca...

—¡Pero Rafaé de mi arma, que va á arrancarse!

—Tú estate quieto, y ya verás...

El bicho entonces escarbó la arena, y *Pilindo*, creyendo llegada ya su última hora, tembloroso y convulso, volvió la cabeza hacia su jinete y le dijo con tono compungido:

—Rafaé... ¡quieres algo para los difuntos!

El maestro se echó á reir y se apeó del *jaco*, al cual le faltó tiempo para tomar la barrera más que á escape.

De estas hazañas de Rafael las hay á centenares, y constituyen el tema de la conversación de sus amigos, que en Córdoba son casi todos los aficionados, y fuera una porción de miles de españoles.

E. CONTRERAS Y CAMARGO.

LA FIESTA NACIONAL

Está la Plaza llena de bote en bote; todo es luz, movimiento, vida, alegría; el alguacil, montando caballo airoso que caracoleando sale á la pista, cuádrase frente al palco del presidente, el vistoso sombrero presto se quita, y en él coge la llave de los toriles, y aléjase luciendo su gallardía. Déjanse oír las notas de la charanga, y al hacerse el despejo de las cuadrillas, el sol quiebra sus rayos en los adornos que lucen los toreros en la ropilla.

Se hace el cambio de capas por los capotes; en un palco un pañuelo blanco se agita; da el timbal las señales, y airoso bruto por la arena del circo se precipita, en tanto al aire ondean los tonos vivos de las cintas de seda de su divisa.

Los peones las huellas siguen al toro; le acosan, le capean con valentía, engañando á la fiera, que no consigue alcanzar al torero nunca en su huída.

Jinetes los piqueros en sus caballos (armazones de huesos sin gallardías), buscan al toro, y rasgan con el acero la piel del fiero bruto, que rugie y mira con fijeza un instante al que le hiere; arremete al caballo rugiendo de iras; el puntiagudo cuerno su piel desgarrá, y sale un mar de sangre de la ancha herida que en rojo mancha el asta de aquella fiera, que lo es porque los hombres la martirizan.

Desmóntase el piquero pesadamente porque el pobre caballo cayó sin vida, revolcándose en sangre que tiñe el suelo, y que los monos sabios á escape limpian echando sus espuelas, para que pueda, libre de esos obstáculos, seguir la lidia; agítase el pañuelo del presidente; otro torero coge las banderillas, párase frente al toro, mide el terreno, y clavadas las deja con maestría.

Bate alegre las palmas la concurrencia; el matador los trastos prepara y brinda, y dirígese al toro, que al verle huye; le busca, le acorrá, tanto le excita, que en un supremo esfuerzo logra alcanzarle; le voltea con furia, se precipita sobre él nuevamente, le pisotea, y en la arena del circo queda sin vida, mientras tiñe la sangre que mana el pecho los colores brillantes de su ropilla.

—Hijitos de mi alma, ¡rezad conmigo á Dios porque le libre de una cogida! ¡Virgen de las Angustias, no desampares á estas desventuradas criaturitas, que sólo á él le tienen en este mundo; mira que te lo pido yo de rodillas! ¿Qué vocean los chicos esos? ¿Qué dicen? Van vendiendo el periódico con la cogida y muerte del *Valiente*. Dios, ¿qué te he hecho que merezca el castigo que tú me envías...? Hijos del alma mía, no tenéis padre; ya perdisteis sus besos... Las manecitas juntas, llorad conmigo; que desde el cielo

vea que por él rezan las avecillas que han quedado sin nido y abandonadas, sin amor, sin consuelos, sin alegrías.

José Dolz de la Rosa.

Madrid, Diciembre 96.



RECIBÍ tu carta, querido Santibáñez, viendo por ella, con gozo extraordinario, que ya eres un *buen español*. Sabía que habías venido al mundo en cierto pueblo de Zamora; pero como andamos ahora tan confusos en las cuestiones geográficas, y solemos confundir Almorchón con Cavite, no di en el quid, hasta que supe que eras el cronista taurino de la *Trompa de Alcoy*. ¡Tate, me dije entonces, éste es el joven de Fuentesauco! ¡Siendo escritor no cabe duda que es español! Un inglés establece fábricas de papel continuo; un francés explota un baile nuevo; un ruso adiestra potros tártaros ó toca el oboe; pero el español sólo puede ser estas tres cosas: empleado, ó escritor dramático ó cronista taurino.

¡Oh amigo mío, mi dulce amigo! Qué bien hiciste en adoptar una profesión que te ofrece ancho campo para lucir la donosura de tu ingenio, tu falta de sintaxis, las galas de tu dicción pura y correta, tu fluidez poética, y sobre todo tu gran conocimiento del arte de los Palomos y los Leoncillos.

¡Desgraciado del lidiador que tropezando, ó sin tropezar, caiga bajo tu férula! ¡Malaventurado revistero el que incurra en la más leve inexactitud respecto á la reseña del espectáculo! ¡Pronto sufrirá la flagelación de tus disciplinas de puntas metálicas, de tus intencionados conceptos, de tus párrafos desesperantes!

Y, sin embargo, es preciso confesar que estás en lo justo; se puede decir que Colón no descubrió América, y hasta que no existió, y que Caracalla no fué romano, ni Napoleón llevó sobretodo; ¡pero quién se atreverá á escribir sobre asuntos taurinos sin saber con exactitud el número de estocadas que dieron Cayetano ó Domínguez en tal corrida, y si estaban bien puestas, y á qué toro fué, y si era blando ó duro, y si era una tarde apacible ó nublosa, y si Chironi tocó oportunamente su cencerro? ¿Quién duda de que en los venideros tiempos serán necesarios estos detalles para enseñanza de lo futuro? ¿Quién dudará de su importancia histórica, así como de lo necesarias que son las redondillas que cueles como de matute entre párrafo y párrafo? Bien haces en taparlas; mas no temas: por estos delitos aún no persigue á nadie la Guardia civil.

Lo que sí he de decirte, y mereces por ello seria censura, es que entre las tres ó cuatro crónicas tuyas que hojeé, no vi media docena de voces técnicas, y si críticas de lo inadecuadas que son; y esto, francamente, me da en qué pensar, y me hace temer que hayas perdido el juicio; ¿no sabes que el tecnicismo es la salsa con que se condimentan mejor los guisos taurómacos?

¿Quién te ha de comprender, desventurado, si tratándose, por ejemplo, de un picador que cayó sobre el tablón de la barrera, nos dices que *nadó en los tableros*, es decir, que *nadó y guardó la ropa*, ó mejor todavía, que *nadó en seco*? Claro es que tú te atienes á la definición de la Academia, que dice: que *Nadar es mantenerse un hombre ó animal en el agua é ir por ella*

Tienta de becerros de los herederos de D. Vicente Martínez

VERIFICADA EL 14 DE NOVIEMBRE DE 1896



CABESTROS CONDUCIENDO LOS BECERROS AL CORRAL.—(Instantánea Irigoyen)

sin llegar al fondo; y tú no has visto caer un picador, ni un caballo al agua, sino aquellos días en que diluvia y los diestros quieren suspender la lidia, y el público dice que no, y el presidente que sí, y por fin llueve y se convierte la corrida en Naumaquia, que al fin es una variedad.

Pues á pesar de no estar conforme con lo de la Academia, debes decir que el picador nadó en los tableros; porque asegurar que sufrió un batacazo contra las tablas, no es decir nada absolutamente, y es vulgar á todas luces y poco eufónico.

Manifiestas en una de tus revistas que consideras algo aventurado decir que un toro salió *con muchos pies*, en vez de que salió corriendo velozmente, ó hizo una salida rápida; y que lo de muchos pies es tan elástico, que un lector indocto puede llegar hasta suponer á uno de estos animalejos un verdadero cienpiés; en cuyo caso el toro viene á ser algo así como un poema de certamen, ó el insecto venenoso que todos conocen. ¡Suspiciousa como la tuya! Ven aquí hombre de Dios, ¿no se ha venido diciendo desde los árabes hasta nuestros días que un toro sale con muchos pies cuando sale del toril á carrera tendida? ¿No es nuestra fiesta invención ó costumbre de los árabes? Pues si es así, ¿tú no sabes que los árabes son los hombres que menos innovaciones y progresos consienten?

¿Por qué te has de oponer á que se diga en letras de molde que tal ó cual espada *se atracó de toro*? ¿No puede uno hacer lo que le convenga respecto á su estómago? ¿Qué te importa que se *embragete* ó no tal diestro, ó que teniendo treinta años se *acueste en la cuna* ó *tome el olivo* con muleta y todo?

Lo que pretendes es loable sin duda; hoy que el arte adelanta por el camino de las transformaciones, hasta para la indumentaria de los toreros; hoy que se

llevan coletas postizas, y no hay reparo, como es natural, en sustituir la chaquetilla de luces por el chaqué á la moda ó la cazadora larga, y la montera de caireles por el hongo; hoy que los toreros saben más que aquellos otros que sólo sabían saludar, y eso en ocasiones; hoy que los diestros saben que hay tejidos y órganos esenciales y arterias que puede destruir una cornada, siendo por consiguiente más grande su valor que el de aquellos que creían que la carne era como la goma; hoy que tanto se adelantó, ¿no se podría adelantar también en los tecnicismos?

Claro está; pero no la echés de innovador, y deja esa iniciativa á los que tienen las riendas del Gobierno taurino en una mano y el tirso de la gracia en la otra.

Sigue, sigue la senda que tienes trazada, monótona ó alegre, que así está y peor es meneallo, Sancho; y si el demonio de las reformas te ataca, envíale á otro país donde haya costumbre de plantearlas, y no te expongas á que alguien se acerque á ti, escupiendo por el colmillo, y te diga:

¡Adios, Luterol!

Y no digo más, y hasta otra, en que tal vez se muestre más ágrío para ti,

EL MOZO DE LA FUENTECILLA.

EPIGRAMAS

Al abrirse de capa Luis Corral,
un toro jabonero le cogió
y al pobre torerillo abrió en canal,
y el público frenético aplaudió.
¡Menos mall!

BLAYÉ.



LUCAS BLANCO

I

IN desentrañar de la Historia detalles ni fechas, y considerando únicamente la fe con que mantenían sus ideales hasta morir los que, por fortuna suya, vivieron antes que nosotros, se comprende, desde luego, nuestra decadencia.

Carácter indeterminado; imaginación acosada por todas las incertidumbres y corazón falto de alientos para creer, cuando alguno de nosotros levanta su cabeza débil, y la siente oreada por los recuerdos, [parece que una nueva vida regenera el organismo; que otra savia alimenta la sangre, y que una voz grita al oído: «levántate y anda»; ¿pero de qué ha de servir tal esfuerzo si las piernas flaquearán otra vez y nuestro cuerpo caerá desfallecido sobre ese montón de carne muerta que llamamos sociedad, por darle un título? Pasa el enojo, la amistad, el amor, la memoria, que es lo que menos descansa sobre las sepulturas; pasó la idea de Dios, y... la idea del honor también pasará; pero la veneración que nos impone el pasado, á pesar nuestro, es la única virtud eterna.

Antiguamente, el oír el toque de generala era algo así como una costumbre para los madrileños: se abrían los balcones, y en sus huecos aparecían caras pálidas ó figuras vehementes. Allá, hacia la Puerta del Sol, claustro materno de las revoluciones, se oía continuado tiroteo: cruzaban los milicianos por todas partes trabándose en sus blancos calzones, ciñéndose las correas ó ajustándose el morrioncete con febril impaciencia. A poco se sabía que los serviles se habían refugiado en el Principal, y que los liberales merodeaban por tal ó cual parte, y que no se abrían las tiendas, y que en la Puerta de Bilbao, ó sobre el asfalto del Buen Suceso, había tendidos quince cadáveres, y que se daba una hora de tregua para que las casas se proveyeran de comestibles; y mientras, por toda la población, veíanse enjambres de individuos desempedrando las calles, haciendo barricadas, transportando carretillas de escombros, y paseando por detrás de los improvisados parapetos en espera de alguien contra quien enfilarse sus trabucos, ó de la bala liberal ó servil que había de dar cuenta de su vida (1). Un hombre sólo, trabuco en mano, contenía á cualquier destacamento en cualquier bocacalle (2). Los realistas y los liberales se profesaban el odio más terrible y más injustificado de cuantos registra la Historia, toda vez que el germen, ó, mejor dicho, la causa de ese odio era un nombre que el más insignificante español debiera haber olvidado después de Valencey: el nombre de Fernando VII.

El realismo era una enfermedad endémica en España, y hacia estragos en la sociedad, desde las clases más altas á las más inferiores, llegando hasta el punto de que ni aun la muerte del *Deseado* sirvió para poner término á la dolencia. Siguió esta causa haciendo prosélitos, y uno de los que tuvo más declarados y más ardientes entre los toreros, que hubo muchos, fué Manuel Lucas Blanco, hombre de carácter intransigente y duro, á quien desde luego podía haberse pronosticado su trágico fin.

Era una noche de Octubre, en que el invierno de 1837 se había presentado prematuramente, y los vecinos de la villa y corte habíanse visto obligados á guarecerse bajo aquellas grandes capas azules de larga esclavina, junto á las cuales las que hoy se usan son un puro remedo.

El viento bramaba, retorciéndose por las ruinosas calles de Madrid, que eran en su mayoría callejones de angostas aceras y estrechas calzadas, mal olientes de día y poco alumbradas de noche.

El café de Lorencini y el café económico, situados en la Puerta del Sol, entre las calles Mayor y del Arrenal, estaba rebosando gente. La freiduría de patatas establecida casi en el mismo sitio que hoy ocupa la horchatería de Candelas, no se daba abasto á surtir de patatas recién hechas á los que sentían descender el frío de la noche hasta las profundidades de su estómago. Diseminábanse losorros, y grandes y chicos, acomodados y sin acomodo, iban á buscar, para calentarse, la densa atmósfera de los cafés, el calor de las faldas de las tarimas, el portal de la casa de Cordero ó los no menos hospitalarios soportales de la Plaza.

Al anochecer subían tres hombres por la calle de la Montera, vestidos de un modo parecido: sombrero calañés, capa corta, pantalón de campana, y dejando ver entre su capa y su sombrero una ancha trenza, que demostraba su profesión de lidiadores de toros.

Sin hablar palabra tomaron calle arriba la de Fuencarral, y hacia la mitad de ella entraron en una tienda de Andaluces, que era con el nombre que entonces se conocía á los colmados.

Al mismo tiempo que ellos otro hombre que vestía el uniforme de la Milicia Nacional penetró en la tienda, y fué á situarse en una mesa frente por frente á la en que se hallaban los toreros.

Eran éstos Juan León, Manuel Lucas Blanco y Benitero, un espada de Cádiz que pretendía torear en Madrid. El miliciano era el contratista de caballos de la plaza, y llamábase Manuel de los Reyes.

Al punto se terció la conversación sobre política, y se hizo general; pero hallándose acalorado por el vino y

(1) El picador Juan Alvarez (Cholas) murió de un tiro en la cabeza defendiendo una barricada que habían situado en la calle de León, según dicen unos, y en la calle de Alcalá, frente á las Vallecas, según otros.

(2) Así sucedió en la revolución del 54. Dos individuos, apostados en la esquina de la calle de Hortaleza, tuvieron á raya á una columna de Ejército que subía por la calle de las Infantas. Tenían dos trabucos, y disparaba uno de los hombres, y mientras el otro cargaba.

la discusión el miliciano, increpó duramente á uno de los toreros, que manejando un cortaplumas se ocupaba en partir salchichón. Blanco, que era el aludido, se quiso lanzar contra él, pero Juan León le contuvo. Era el tema la sublevación de la Granja, y si los blancos debían ser todos entregados al verdugo, ó los negros no merecían perdón de ninguna clase; la disputa se agrió otra vez; se oyó una interjección, y junto al sitio en que se hallaba el Benitero fué á estrellarse una botella, disparada por la mano insegura de Reyes; Juan León se alzó pálido de su asiento, y Lucas saltó como un tigre sobre el miliciano; hubo una lucha breve, muy breve, en que parecía que iba á resultar vencedor el torero; vióse, sin embargo, al contratista vacilar y llevarse una mano bajo el capote. Manuel se retiró convulso, lívido, erizado el cabello y subiendo y bajando los hombros como un idiota, como si no se diera cuenta de otra sensación más que la de que el mundo se desquiciaba sobre su cabeza. Danzó en su pensamiento su historia, su pasado, sus hijos, todo, y por fin cayó en una laxitud abrumadora, y en su letargo oía voces y percibió pasos, y sintió una presión en su muñeca.

Era Juan León, que le gritaba al oído: —¿Qué has hecho desventurado, qué has hecho?

—Fué sin querer...—respondió Lucas maquinalmente.

—Aprovechate de la confusión, huye.

Blanco quiso moverse; pero unas manos, semejantes á garras, cayeron sobre sus hombros; sus brazos fueron agarrotados hacia atrás, y un empujón violento le hizo perder el equilibrio.

Al salir, su mirada buscó la de Juan León: era una mirada turbia que quería decir muchas cosas; sus labios murmuraron esto tan sólo:

—Juan León, hijo, acuérdate de mi Carmela.

—Descuida y confía—respondió el émulo de Montes, tratando de contener su llanto; y cuando la taberna se quedó abandonada y se alejó el tropel de gente, el diestro de Sevilla apoyó sus brazos en el velador y lloró, por fin, como un niño, diciendo sin cesar: —¡Pobre Manuel! ¡pobre Manuel!

II

Juan León, el discípulo de Carro Guillén, era por los años de 1837 un hombre de cuarenta y nueve de edad, buen mozo, noble de alma, y dotado de singular gracejo, con el que auxiliado por su fama de lidiador, cautivaba el ánimo y atraía á las gentes. *Paquiro*, que entonces empezaba á brillar, y que además era realista hasta las uñas, agotaba cuantos medios le sugirió una sincera amistad para evitar el suplicio del pobre Blanco. ¡Todo inútil! La milicia contrarrestaba sus esfuerzos, y justo es decir que gran parte de la opinión también; su defensor se presentó en la vista de causa vestido con el uniforme de miliciano, y aunque en otra ocasión, por igual delito, se le hubiera impuesto una pena menos terrible, el torero fué sentenciado, y la sentencia debía cumplirse el 9 de Noviembre.

Dos noches antes cruzaba Juan León lentamente la calle de Preciados hacia la de la Zarza con el aire triste y meditativo de quien lleva una triste misión que cumplir; subió hasta un piso quinto, al que no tuvo necesidad de llamar; una voz anhelante le dijo por lo bajo: ¿eres tú?; una mano tendida en la sombra tiró de él, y se encontró en una estancia pobre y triste como el alma de la mujer que en ella le introdujo.

Era una hija del reo, que abría sus ojos buscando en el grave rostro de León un solo indicio de esperanza. Dos pasos más allá sollozaba otra mujer entrada en años, y las dos parecían destrozadas por esa horrible lucha de desalientos y esperanzas, que es la que acaba más.

—Juan, no me ocultes nada—gritó la joven;—¿qué noticias me traes?

El torero guardó silencio.

—¡Si estoy decidida á todo! ¡Si ya no tengo ni fe ni lágrimas, pero estoy resuelta á no cejar!, ¿qué hago?, ¿qué te parece que haga?, ¿á dónde voy para salvar á mi padre?

—Carmela—dijo Juan León,—güervete á Seviya.

—Pero y él... él.

—Er... se queda por ahora en Madri, aonde le trajo su mala suerte.

Aquel *por ahora* era decir mucho, y la joven comprendió enseguida el subrayado de la frase.

—Se queda para siempre, Juan; se queda para siempre, dijo, sin dejar de mirar al torero, moviendo adelante y atrás la cabeza, y llorando ardorosas lágrimas.

—Los hombres se equivocan, Carmela.

—Las mujeres no... Dilo de una vez. ¡Acabemos pronto! ¿Es ya un hecho su muerte? Mira que la duda me traspasa el alma. ¡Pobre padre mío! Dimelo, dimelo, Juan León.

El torero no sabía qué constestar, porque le ahogaban los sollozos, y hubiera querido habérselas mejor con un toro de Vista-Hermosa que con un dolor semejante; pero el destino terrible le ahorró la amargura de aquella confesión. Hasta entonces sólo se habían oído el hipo de la vieja, los sollozos y la voz entrecortada de la joven, y allá abajo, en la calle, los pasos de los transeúntes resonando con sordo ruido sobre las losas resacas por la helada. De pronto Carmela levantó la cabeza con sobresalto y corrió á la ventana. Lejos aún resonaba un funebre repiqueteo, algo de salmodia y pasos lentos; el rumor se fué aproximando y se oyó al fin más distintamente; la joven le oyó convulsa, y cayó hacia atrás en los brazos de Juan León, aquel valiente que sollozaba como un niño.

La vieja adiestraba sus uñas desatando á Carmela las cintas del vestido, y Carmela hundía las suyas en las manos de Juan León hasta hacer brotar sangre. Su rostro hermosísimo estaba desfigurado, horrible, con la negra cabellera echada hacia atrás, contraída la boca, por la que asomaba sangrienta espuma, vidriados los ojos y todo el cuerpo destrozado por la contracción violentísima.

Oíase una especie de estertor resonar dentro de aquel pecho donde se habían albergado tantos sollozos; y un grito penetrante, vigoroso al principio, débil después, el grito ahogado de un moribundo, se exhaló de aquellos labios cárdenos y fríos, mientras la cabeza iba y venía restregándose contra el hombro de Juan León, que pálido y con las pupilas dilatadas contemplaba aquella cara en que, auxiliada por la luz del velón, se entretenía la muerte en ir pintando todos sus siniestros horrores. La vieja había salido á buscar á un médico, la vecindad curioseaba. Cuando llegó el facultativo, Juan León depositaba sobre el suelo el cadáver.

—¿Qué es esto?—gritó el médico desde la puerta.

—Esto... es eso...—respondió el torero señalando hacia la calle.

En aquel momento la campanilla de la Paz y Caridad vibraba como un clamor fatídico, y una voz gangosa, monótona y triste, gritaba á voz en cuello:

—¡Para hacer bien por el alma de Lucas Blanco! Y otra voz murmuraba después: ¡Para el reo que está en capilla!

TOROS CÉLEBRES

Bravio, del duque de Veragua, lidiado en Madrid el 6 de Junio de 1842, causó varias heridas al espada Roque Miranda, de las que tardó bastante tiempo en curarse.

Brillante, de la Duquesa de Santoña, salió al ruedo en la corrida celebrada á beneficio de las víctimas de la inundación de las provincias de Murcia, Alicante y Almería, el 16 de Noviembre de 1876. Después de haber sufrido cuatro varas fué al corral, á petición del público, por su poco cuerpo.

Brochito, de Saltillo, lidiado en Madrid el 25 de Enero de 1878, en 12 varas mató ocho caballos.

Brocho, de Aleas, lidiado en Madrid el 9 de Septiembre de 1849, dejó fuera de combate todos los perros de presa que se le echaron, y á ruego del público se le perdonó la vida.

Brujito, de Veragua, lidiado en Bilbao el 2 de Septiembre de 1861, fué calificado por uno de los toros mejores que se habían lidiado en aquella plaza.

Buen-mozo, del duque de Veragua, jugado el 26 de Marzo de 1856, sufrió 15 varas con bravura, mató seis caballos y dejó tres mal heridos.

Buscavidas, de Carriquirri, sin el arma izquierda, lidiado en la novillada del 25 de Febrero de 1883, tomó once varas, dejó cuatro caballos en la plaza y dos muy mal heridos. Durante la suerte de varas un mono sabio, para llamarle la atención, le tiró la gorra, la que se comió.

Cabezón, de Gutierrez, lidiado en Madrid el día 4 de Abril de 1869, tomó 15 varas y mató cinco caballos.

Cabezón, de D. Anastasio Martín, corrido en Madrid el 17 de Mayo de 1870, mandó á la enfermería á los picadores *Grapo* y Antonio Calderon, y causó al espada José Machío una herida en el muslo izquierdo de ocho centímetros de extensión.

Cabezudo, del Sr. Marqués viudo de Salas, lidiado como defectuoso en la corrida de novillos celebrada en Madrid el 12 de Diciembre de 1880, con voluntad y bravura aguantó 14 varas, mató tres caballos y dejó dos más muy mal heridos.

Cabrero, de D. Raimundo Díaz, de Funes, lidiado en Soria el 3 de Octubre de 1881, tomó sin volver la cara 22 varas, mató siete caballos, tumbó á los picadores once veces y mandó á la enfermería á Román de la Rosa. Los espadas Salvador Sanchez (*Frascuello*) y su hermano Paco ejecutaron con él lucidas suertes de capa.

Cachucho, de la ganadería del señor duque de Veragua, se lidió en Madrid el día 20 de Septiembre de 1874. Cogió al espada Manuel Hermosilla al salir de la suerte del volapié, causándole una herida grave en la parte interna y tercio superior del muslo derecho, en dirección transversal, de cuatro pulgadas de extensión y una de profundidad.

Nota Semanal

Hemos sido honrados con la colaboración fotográfica del distinguido aficionado de Nimes, M. Ferdinand Parent.

—Ha entrado á formar parte de la cuadrilla del matador de toros Joaquín Hernández (Parrao) el picador Manuel Alvarez, que hasta ahora había pertenecido á la del diestro Angel García Padilla.

—La celebración de la corrida *monstruo*, tantas veces anunciada en la Plaza de Figueras, se ha señalado nuevamente para el 27 de Mayo próximo venidero.

En ella se correrán doce toros (seis por la mañana y seis por la tarde) procedentes de ganaderías de Andalucía, Colmenar, Navarra y Salamanca.

Tomarán parte las cuadrillas de ocho matadores de los más renombrados, sin que á la fecha puedan fijarse sus nombres.

Veremos si sufre nuevo aplazamiento.

—La despedida del toreo del conocido aficionado sevillano Paco el de los Peros se verificará el 28 del actual, día de Inocentes.

Se lidiarán cuatro *inocentes* novillos de D. Valentín Collantes, que matará el *maestro* Paco, y serán banderillados por los *inocentes* niños Jarana, Bonarillo, Reverte, Minuto, Faico, Fuentes, Bomba, Algabeño y Parrao.

¡Buena inocentada!

—El señor marqués del Saltillo tiene dispuestas para ser jugadas en el año próximo dieciocho corridas de toros, de las cuales tiene vendidas dos para Valencia, una para Logroño, otra para Valladolid, una para Sevilla y dos para Barcelona.

—También el ganadero sevillano Sr. González Nandín tiene dispuestas siete corridas.

—En la dehesa de *Hato Blanco*, propiedad de D. José Vázquez Rodríguez, se ha verificado la faena de herrar y numerar los becerros añejos de la vacada, que fueron 79 hembras y 76 machos. El Sr. Vázquez obsequió después á varios amigos á quienes había invitado, con una cacería en la parte acotada de dicha finca.



Junto al Imperial:

—Oye, Catite: si vias vení un buró por la calle e Sevilla, ¿qué harías?

—Pus me quedaria tan tranquilo.

—¡Quiál la calle Mayor seria poco pa que corrieras.

—¡Anda leñel! ¿No dices que si el toro viniera por la calle e Sevilla?...

—Sí.

—Pus no hay cudiao; se lo comerían los cómicos.

CASA ÚNICA EN SU CLASE

LA SEVILLANA

Confección esmerada en vestidos de luces para torear.

Especialidad en el corte de los de calle, capotes y muletas.

MANUEL MARTÍN RETANA

16, Príncipe, 16

GRAN TIRO DE PICHON AL VUELO

DETRÁS DE LAS TARIAS DEL RETIRO

DE

MARIANO SANCHEZ

Tiradas semanales de pichones, tórtolas, codornices, perdicos y ánades, todos los días festivos desde las 4 de la tarde. Gran tiro de Sociedad todos los jueves no festivos y vísperas de éstos.

CUOTA: 5 PESETAS

Entrada al tiro: 15 centimos billete personal; 1.ª fila, 25 céntimos.

Escopetas y cartuchos de todos calibres para alquiler, a precios económicos; cartucho *Eley*, pólvora Curtis Harvey, taco engrasado.

FOTOGRAFADO

CINCOGRAFÍA

CROMOTIPIA, ETC.

Ilustración de obras, catálogos, periódicos, etc.

A. CIARAN

QUINTANA, NÚM. 34, HOTEL

HOTEL PILAR

(ANTES HOTEL NAVARRA)

A CARGO DE MANUEL ALMIRÓN

ALCALÁ, 17, TRIPLICADO

(con vistas á la Puerta del Sol).—Madrid

Economía y confort en todos los servicios, mobiliario lujoso, asistencia esmeradísima. Casa recomendable por la exquisita amabilidad del personal.

Intérprete

Coches de lujo

JOSÉ URIARTE

SASTRE

Casa especial para la confección de toda clase de prendas á la medida.

Grande y variado surtido en géneros del reino y extranjero.

Plaza de Matute, 11, principal

MADRID

SALÓN DE PELUQUERÍA

DE

FERNANDO PALOS

Plaza de Santa Cruz, 4, Madrid

Servicio á 25 céntimos.—Fuera del establecimiento precios convencionales.

Esmerados servicios

Dependencia docta

FOTOGRAFÍAS

En esta Administración se venden los originales fotográficos de los grabados que se han insertado en esta Revista desde su fundación.

CHINCHILLA, 7, BAJO

Se admiten corresponsales fotográficos

EN PROVINCIAS

GRAN SASTRERIA

DE

J. MANUEL SANCHEZ

Corte especial en toda clase de prendas y sin rival en el de los pantalones.

PRECIADOS, 17

Trajes desde 30 pesetas